

Añoranzas del terruño.El agro castellano y Toledo.

ENTREGADO algunos minutos a recrear mi espíritu en esas viejas tradiciones del Toledo de mis entrañas, Toledo hueco de todo manto agrícola por los vaivenes políticos y sociales que azotan a todo el vasto Continente hispano, he llegado a pensar seriamente en su estudio y en su aliento para evitarle a ese suelo querido el brazo del entusiasmo agrícola, otra riqueza más a las que posee orgullosamente el Toledo del Greco, ayer, y el Toledo de D. Teodoro de San Román de ayer a hoy.....

Volvamos con el alma y el esfuerzo a la tierra de que surgió la fuerte raza humana: «Férrea progenies duris caput extuli arvis» (Virgilio), y a la que hemos de volver, entregándole nuestros despojos. Ella nos alimenta, recibiendo del cielo calor y fecundidad, y exige de nosotros que la conozcamos, la acariciemos con la robusta caricia del trabajo y la demos vida nueva, echando en el surco la semilla para el prodigio de la germinación. Bella o áspera, la tierra madre nuestra es, y a sus pechos hemos de vivir, nutridos por su leche. No se nos dió a escoger la madre; nos la dió Dios, y ningún habitante del mundo podrá librarse de obedecer al mandato. «Dijérase—frasea un poeta-prosista—que te prolongas desde el fondo del valle, para seguirme en mis sueños, para no perder ninguno de mis pasos..... A despecho de lo venidero, por adverso que sea, nuestra intimidad quedará incólume, y no nos separaremos. En tu polvo, bajo tu sombra de verdura, veo blanquear el cementerio donde dormiré.»

Jovellanos prologaba «la Agricultura es un arte, y no hay arte que no tenga sus principios teóricos. La teoría del

cultivo debe ser la más extendida, pues la Agricultura, más bien que arte, es admirable reunión de muchas artes».

La belleza aparece en la nota risueña y varia, con los diversos matices de la paleta del iris y las prolongaciones de la perspectiva, para las sorpresas del contraste en la multiplicación de los cuadros de la naturaleza. La hermosura es también riqueza; la seducción de aquélla hace más íntimo nuestro comercio con la tierra. Aspera y bravía, no se conforma con la suavidad de la humana inclinación, que descansa y se regocija en la serenidad de la luz y del ambiente, en el halago de la temperatura, en la vista de la campiña que se cubre de flor para sus respectivas nupcias con el cielo. La musa campesina enloquece al trabajador, al que ha embriagado con el filtro de su hechicería. Si hermosa es la tierra, hermoseadla aún, para laborarla mejor y amarla más, amando en ella la obra de las manos humanas. La psicología del trabajador, su fortaleza, su espíritu, su resistencia, su orientación económica resultan condición primaria, sustancial e inevitable para conservación e incremento de la Agricultura.

El descanso de la tierra es para que se vista con el manto de la pradera, para que yerbas la den vida nueva, arrancando con sus delicados órganos a la atmósfera la juventud de la sustancia, mediante las operaciones de una química prodigiosa y útil. No desdeñemos la tierra, transformémosla por el sudor. Los primeros vaguidos de la ciencia brotaron del campo, donde las fuerzas de la Naturaleza nos enseñaron sus secretos. La Agricultura siempre fué hermana de la ciencia y el arte: esa fraternidad la recuerdan los nombres inmortales de Hesiodo, Teofrasto, Varron, Plinio, Catón, Jovellanos, Columela, Celestino Mutis.... Horacio, el lírico universal, fué un granjero, y bebió el vino de su viña y recorrió todas las escalas del ritmo de la soledad de su mansión rústica. Cicerón escribió sus hermosas divagaciones en su quinta de Tusculum, y por ella renunció a las «delicias» de Roma. La poesía del campo tiene por genio protector a Virgilio, el de las «Geórgicas», ese poema que vive en el alma de todos los pueblos y de todas las edades. No

ha mucho tuvo un eco de dulzura en las «Geórgicas cristianas» de F. James.

El príncipe de los ascéticos castellanos, Fray Luis de Granada, escribió páginas exquisitas en su incomparable «Símbolo de la fe».

La ciudadanía, los labriegos amantes de ese cosmopolitismo absurdo, hallan en el campo los ejemplares no contaminados por las intrigas de las ciudades. Catón dijo bien: «ex agricolis et viri fortissime et milites stremissimi y gignuntur maximeque pius».

Naufraguemos hacia el romántico cantar de un pueblecito castellano. Sólo así, el alma nos entristecerá con la nostalgia del ambiente querido, añorando el terruño lejano, paralelo al Toledo tradicional y artístico, en este guión de

— Égloga agraria.... —

Tengo que abrir el libro que empieza por un cromo
hecho a siete colores; porque mi vida, hoy día,
desea oler a campo, como este viento y
este mismo secreto de mi melancolía.

La estampa tiene un árbol de verde claro, y junto
al árbol una fuente y un manchón de ribera;
pero hay en el paisaje y en la esencia del asunto
un no sé qué de alma cambiada en primavera.

Mi madre, Toledo, está dormida bajo un rincón de cielo
de aquella soledad, tan pintoresca y clara;
¡los pájaros del monte le arrullarán al vuelo!

¡Soy hijo de Castilla! Serenidad de bruma,
madrigal de regatos, bondades sobrehumanas;
guarros y gallinas; toda la dulce albura
de los rebaños, faltan a mis horas urbanas.

Me piden estos ojos las rosas de Castilla,
floreciendo en los muros, eriales y bardal;
que daban sus milagros a tanta fe sencilla
y la almohada de olores para el sueño final.

Por esos moscardones golosos de tomillo,
por el zumbido vago del ágil argadillo:
por todas esas cosas, no soy de la ciudad...

Algún palomo tardo que flecha los oteros,
para juntarse al vuelo de toda una bandada;
la aguda greguería de loros agoreros
que pasan encumbrados, cerrando la invernada.

El alarido bronco que aturde la serena
intimidad del campo donde se estanca la pena
del campesino que da, en ayes, su grito de labor:
es el viviente cuadro, con música sonora
que se abre a las codicias de mi alma evocadora,
en este mes de siegas, que me halla sin calor...

En la plaza del pueblo, donde iguales los días
que son de soledad, discurren las ovejas,
o ladran al viajero, rabiosas, las jaurías
que duermen al portal de humosas casas viejas.

Algún rebaño humilde cruzaba, de hora en hora,
la calleja bruñida de piedras del ribazo,
viajando a los rediles, con su égloga sonora.

Pardeando por las cuestas, soleando en las colinas;
moviéndose en los árboles; cantando con los vientos,
plegando transparencia de fuentes cristalinas:
¡amor de seres libres, de espíritus contentos!

Me llega el alma madre de la naturaleza,
¡como el furor de savia de un bosque primitivo!,
el rito de una inmensa solemnidad que empieza
me deja en el misterio de si me encuentro vivo...

¡Es la tarde! La vida, los astros escondidos
se quejan, por la rabia del cosmos perseguidos,
el sol muere ante Dios, desangrando en topacio...

Bajo el sobalto intenso del cielo más profundo,
me quejo este momento, como una voz que el mundo
lanzara a las inmensas llanuras del espacio.

Jesús Lea Navas.

Correspondiente.